

## Intervención en homenaje rendido al académico Alfonso Barrera Valverde por la Academia de la Lengua, 17 de julio de 2014

---

Francisco Proaño Arandi\*

Conocí a Alfonso Barrera Valverde cuando tuve la singular experiencia de trabajar con él como su jefe de gabinete mientras ejercía las funciones de subsecretario de la Cancillería (equivalente entonces a la actual función de secretario general o viceministro), en aquellos primeros años de mi carrera diplomática, a fines de los años sesenta. Pude aquilatar entonces sus dotes literarias y, a la vez, su notable don diplomático para enfrentar situaciones, entre las cuales, años después, estaría el defender al país en momentos de grave peligro para su integridad y soberanía.

Nacido en Ambato el 29 de marzo de 1929, se trata, sin duda, de uno de los más destacados intelectuales que ha dado al Ecuador la provincia de Tungurahua y su capital, provincia y ciudad que se enorgullecen con razón de haber sido cuna de figuras de la talla de Juan Montalvo, Juan León Mera o Pedro Fermín Cevallos, entre los de mayor renombre.

Fundamentalmente poeta y, a la par, novelista y ensayista, diplomático, jurista e internacionalista, Barrera Valverde deviene figura de relieve dentro del panorama cultural ecuatoriano desde que hiciera sus primeras armas literarias, cuando, apenas cumplidos los veinte años, pasa a formar parte del Grupo Umbral, allá, en los inicios de la década del cincuenta, grupo del que han surgido algunos notables valores de la literatura ecuatoriana como Alicia Yánez Cossío, Eduardo Villacís Meythaler, César Dávila Torres, Walter Franco Serrano, entre otros. Por aquellos años, publica sus primeras entregas poéticas: *Floración del silencio*, 1951; *Latitud unánime*, 1953, junio con Eduardo Villacís Meythaler; a las que seguirían poco tiempo después, en 1956, *Testimonio*, y, luego, en 1958, *Del solar y del tránsito*. Ya desde entonces se revela su poesía diáfana y trasfigurada por una preocupación central en los oficios primordiales del ser humano y una visión optimista y nostálgica a

---

\* Embajador de carrera (r) del Ministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana.

la vez, sustentada en bellas imágenes celebratorias de la vida rural y de las costumbres de su tierra natal: Tunurahua. De esta matriz poética, a la que siempre regresará, no solo en sus poemarios posteriores, sino también en sus textos narrativos, Barrera Valverde persistirá en una como cosmovisión de la existencia o primigenia materia que sustenta y particulariza el conjunto de su obra más personal: esa nostalgia vivida y a momentos desgarrada, especie de *leitmotiv* que presta su cariz único, personal y reconocible a sus textos.

Podríamos decir que, cuanto creador, Barrera Valverde, pese a sus largos periplos como diplomático por lugares alejados de la tierra, no se fue jamás, espiritualmente, de su provincia, la cual aparece y reaparece, con distintos matices, siempre a manera de evocaciones claras y luminosas, en múltiples páginas. En la novela que publicara en España, en 1978, *Heredarás un mar que no conoces y lenguas que no sabes*; título de reminiscencias bíblicas, junto a retratar metafóricamente el país, en su actualidad y en su transcurrir histórico, el escritor nos lleva, en el fondo, como en otra novela soterrada, a la experiencia de sentir la tierra que conoció de niño, sus tragedias, sus júbilos, sus desesperanzas, el palpitar de sus paisajes y de sus agentes, y es por ello precisamente que hemos querido hablar de Barrera como de una voz irrevocablemente comprometida

con su pueblo, con lo que somos y queremos ser.

Profundizando y perfeccionando su tarea poética, Barrera escribirá con posterioridad a 1958 otros poemarios como *Opúsculo y balada para la Fiesta de la Fruta*, *La herencia*, *Vestigios*, *Poemas para canciones* y *Jericó*, libros que, junto con los anteriores, la Casa de la Cultura Ecuatoriana publicará en una edición antológica en 1969, bajo el título de *Poesía*. Esta antología se imprimirá una vez más en Buenos Aires, en Ediciones de la Flor y, luego, en Madrid, en 1977. *Tiempo secreto* es otro libro antológico de lo más significativo de su poesía.

De esa condición esencial que hemos señalado en su poesía está hecha también su narrativa, en especial su novela breve, *Dos muertes en una vida*, y la que hemos citado, *Heredarás un mar que no conoces y lenguas que no sabes*; es decir, hay siempre un hálito poético que subyace en sus páginas, una suerte de melancolía oculta, un auscultar un mundo que de pronto ya no existe pero que es recuperado en la memoria, con una fuerte carga autobiográfica, características que emparentan la narrativa de Barrera Valverde con algunos hitos fundamentales de la literatura latinoamericana, como, por ejemplo, *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. De modo similar a lo que sucede en la novela de Rulfo, en la de Barrera, *Heredarás un mar...*, el personaje central, Mamá Zoila, dialoga con su

marido muerto y el ámbito general suele llenarse de ese clima sobrenatural, mágico y por demás sensible que, en ambas obras, nos lleva a mirar de una manera acaso distinta la realidad.

Un criterio afín tuvo la gran escritora argentina Beatriz Guido, luego de leer *Dos muertas en una vida*, apuntó que su personaje, Juan Hiedra, nombre sin duda simbólico, debiera figurar junto a los personajes de Vargas Llosa o de Ciro Alegría. Beatriz Guido dijo también que, aunque nuestro autor no publicara nada después de dicha obra, “ello no alteraría su sitio en la historia de la literatura latinoamericana”.

*Dos muertas en una vida* fue publicada en 1971 por Ediciones de la Flor, en Buenos Aires, y tuvo, pese a su brevedad, una positiva repercusión. A más del comentario de Beatriz Guido, tuvieron palabras elogiosas escritores como Agustín Cuzzani y los críticos literarios de medios como *La Razón y Siete Días*, de la capital argentina, y la *Revista de Dos Mundos*, en París. Cuzzani habló de la capacidad de Barrera Valverde, no solo como hacedor de palabras poéticas, sino también de silencios, esos silencios con los que retrata a sus personajes campesinos en una época diferente a la que enmarcó la temática rural de los escritores del realismo social naturalista. Se trata, en Barrera, de una muy personal manera de transmitir su visión de las cosas en un acendrado lengua-

je de símbolos, que se plantean, nos dice Miguel Donoso Pareja, casi en términos mágicos, en tanto que Rodrigo Pesántez Rodas, en su *Visión y revisión de la literatura ecuatoriana*, destaca sus “escenarios de interiorizaciones agudas y el fulgor de paisajes interiores que nivelan y equilibran la tónica argumental donde el idioma construye por su cuenta el vibrante latir poético”.

Ese mismo mundo mítico cobra mayor vuelo en *Herederás un mar que no conoces y lenguas que no sabes*, novela publicada en Madrid en 1978. Allí, Barrera retrata al país, pero la experiencia que nos transmite tiene el sabor inconfundible de la tierra natal, su aroma, sus entrañables imágenes, su poesía. “El meollo de la novela –dice el crítico Xavier Quintero en el estudio introductorio a la edición de Libresa de 1993– es la idea de que somos un pueblo que venimos de lejos y luego nos quedamos para siempre en esta tierra”. En este aspecto, Barrera maneja como materia sustancial de su creación poética la memoria, la colectiva y la individual, como correlato simbólico de aquella. Memoria que se enraíza en la naturaleza que hemos heredado, en los usos propios de los pueblos que la habitan, en la posibilidad de un eterno renacer sobre los fundamentos de una identidad posible.

El crítico Florencio Martínez Ruiz, en su introducción a la edición publicada en Madrid, coincide con lo anterior al afirmar que el

autor “ha identificado el alma de su pueblo, un pueblo cuyo carisma sagrado es imposible de desprender de su subdesarrollo, sin que el velo del amor interrumpa el vértigo del relato. Y *Heredarás un mar que no conoces y lenguas que no sabes* –añade–, aún sin pretender ser el texto canónico de la ecuatorianidad, sí es una fabulosa, por hermosa, respuesta al silencio mágico de un pueblo, un ejercicio de comprensión fraterna con el cual cuestionan los programas de una civilización. Pero, además, esa respuesta pone en cuarentena a una sociedad que pretendió arrancar de su seno los conceptos de herencia colectiva y aún de lo infinito”.

Más tarde, publicará, con gran éxito, otra novela cuyo tema es el Ecuador, *El país de Manuelito*, obra en la que el narrador desplaza un personaje niño que, sin hogar, cumple la aventura de conocer en profundidad el país, tanto el que se le aparece en su realidad, como el que, dice Rodrigo Pesántez Rodas, ha podido soñar “en profundidad de sus viglias”.

De alguna manera, uno de los grandes temas que palpitan en sus grandes textos narrativos es el viaje, reflejo quizá de sus largas permanencias lejos de la Patria y, sin embargo, imbuido siempre de esa nostalgia fundadora de su personal escritura, tal como hemos anotado.

En este sentido escribe otra novela singular, publicada en 2005, *Sancho Panza en América o la eter-*

*nidad despedazada*, en la que Barrera hace viajar hasta Quito a Sancho Panza, huérfano de caballero y sin escudo. A través de los ojos, ya pragmáticos, ya quijotizados del mítico escudero, el autor ausculta verdades de la realidad contemporánea en una aventura que trasciende los tiempos e inquires, no solo en aspectos esenciales de nuestra historia e identidad, sino también en ciertos temas permanentes de índole universal. Podría decirse que en esta obra se conjugan armoniosamente el poeta, el novelista y el pensador.

De toda esa inquietud por las cosas de su país nacerá otro libro suscitador, luminoso, lleno de ensñaciones, aventuras, misterios, historia y magia, que tituló *Galápagos: fábulas y personajes*.

Del gran ensayista que fue Alfonso Barrera Valverde, tenemos su libro *La occidentalización de la poesía japonesa, estudio y antología*, obra de 1968, pero también sus textos de crítica literaria publicados en diversos medios del país.

Como diplomático habría de representar al país con talento y patriotismo en Bolivia, República Dominicana, Argentina, España, República Democrática Alemana, Canadá y Venezuela, así como en múltiples reuniones internacionales de carácter bilateral, regional y mundial. En la Cancillería ocupó diversas funciones, entre ellas, las de asesor técnico jurídico, subsecretario y ministro de Relaciones Exteriores de 1981 a

1984, función desde la cual encabezó una acción diplomática histórica y ejemplar en defensa de los intereses nacionales, cuando ocurría la llamada guerra de Paquisha de 1981. Esta gesta el propio Barrera Valverde juzgó imprescindible contarla en un libro fundamental: *Hombres de paz en lucha*. Esta obra se une a otras de su autoría en su calidad de respetado estudioso de las leyes y del derecho internacional, entre ellas, *El Sistema Americano de Derecho Internacional*, 1963; *Manual de Extranjería*, 1966; *Frente a las Trasnacionales*, primera edición, 1991. Esta condición profesional en el campo de las relaciones internacionales hizo que también ejerciera la cátedra en universidades del país y del exterior.

El magisterio ejercido por Barrera Valverde en el curso de una existencia tan fructífera como polifacética deja sin duda una huella profunda en la cultura nacional y allende las fronteras patrias. Su palabra y la lección de humanismo que nos lega, el recuerdo de su personalidad y la lectura de sus obras, pervivirán y crecerán en el imaginario tanto de su ilustre provincia, como en el de la Patria toda.

Para la Academia Ecuatoriana de la Lengua constituye un privilegio el haber tenido entre sus miembros más connotados a esa figura de las letras y de la historia reciente del país. Se honra en mantener vivo su legado, incólume la memoria de su cordial y noble personalidad, tan-

to como la de su obra humanista y humanizadora. En muchas de sus páginas encontraremos plasmada su vocación de hombre al que dolió y tocó profundamente todo lo relacionado con la condición humana, conjugado todo ello con su insobornable apego a la tierra que lo vio nacer. Por ello, permitidme terminar esta intervención con un fragmento de su poema *Vísperas del retorno*, a fin de escuchar de nuevo, siquiera por breves instantes, la voz del poeta al que conocemos con el nombre de Alfonso Barrera Valverde:

*No digáis que me amásteis; fijad la  
l vista, hacedme  
sitio para salir con mis pasos  
lanónimos.*

*Si estuve satisfecho de saber tantos  
l nombres  
era sólo por veros resucitar un  
l poco.*

*De todo lo que he escrito, creed lo  
l que he cantado.*

*Me llaman. Es mi tierra. Y es su voz.  
l La conozco.*